



Scripta Philosophiæ Naturalis 10 (2016)

ISSN 2258 – 3335

¿ QUÉ QUIERE LA NATURALEZA ? ¹

Martín LÓPEZ CORREDOIRA (*)

(*) Ponencia presentada en el V Simposio del Círculo de Filosofía de la Naturaleza,
Universidad de Málaga, 24, 25 y 26 de febrero de 2016

¹ Reproducción de la sección 17.8 del libro del autor: *Voluntad. La fuerza heroica que arrastra la vida*, Áltera, Madrid (2015).

Martín LÓPEZ CORREDOIRA

RESUMEN: La Naturaleza quiere, pero sin tener objeto de su querer. La Voluntad de la Naturaleza consiste en su eterna búsqueda del bello deber ser. ¿Y qué es lo bello para la Naturaleza? Nosotros, como limitados seres humanos que somos, no podemos comprender su percepción, pero sí podemos observar sus actos y, viendo en qué se recrea, tratar de inducir lo que ve como bello o bueno. Observamos el mundo y ¿qué vemos? Indiferencia a todo propósito: sufrimiento o placer, brusquedad o ternura, creación o destrucción.

ABSTRACT: Nature wishes without any purpose. The eternal search of the beautiful "must be" constitutes Nature's will. And what is beauty for Nature? We limited human beings cannot understand its perception, but we can observe its acts and, from them, try to understand what is beautiful or good for Nature. We observe the world and what do we see? Indifference to any purpose: suffering or pleasure, brusqueness or tenderness, creation or destruction.

Schopenhauer dio el nombre de *voluntad* a la respuesta de ese porqué al que no pueden contestar los físicos, pero darle un nombre a algo no significa que exista o se lo entienda. Durante siglos se llamó *Dios* al conjunto de nuestras ignorancias y ello no supuso más que fanatismo y superchería, no de sabiduría. Hizo, sin embargo, Schopenhauer una observación bastante inteligente: la fuerza en sí carece de causa. Se adscribiría a la idea de Kant según la cual la cosa en sí no posee temporalidad, espacialidad ni relaciones causales, pues son dadas por el sujeto cognoscitivo que porta las representaciones. Aunque no estoy de acuerdo de un modo general en negar la causalidad en la materia, sí creo que es pertinente negarla en lo que respecta a las fuerzas. Todo conocimiento acerca de las causas de las fuerzas es una tautología: son así porque son así, porque el Universo es así, porque las leyes de la naturaleza son tales, porque es Ser y el Ser es como es.

Quiere la Naturaleza en un no-querer que los astros se atraigan, que los átomos y moléculas emitan y absorban luz, que haya movimiento, que todo fluya, que los eventos se repitan del mismo modo una y otra vez con las mismas leyes.

Quiere la Naturaleza en un no-querer que la materia se agolpe en galaxias, y dentro de éstas en estrellas y gas y polvo; que las estrellas nazcan, vivan y mueran emitiendo a lo largo de su existencia intensas radiaciones; que alrededor de algunas estrellas orbiten planetas en un eterno ir y venir.

Quiere la Naturaleza en un no-querer que los átomos de carbono y silicio puedan por sus propiedades formar grandes moléculas y que, de hecho, se produzcan largas cadenas de átomos de carbono y otros elementos en nuestro planeta; quiere incluso que se generen formas autorreplicantes en un milagro de complejidad. ¡Misterios de la vida!

¿Qué quiere la naturaleza?

Hoy, algunos feligreses disfrazados de científicos proclaman el principio *antrópico* según el cual el Universo fue creado para que fuese posible la existencia de la vida. ¡Majadería allá donde la haya! ¿Quién se atreve a decirle a la Naturaleza su finalidad? Se basan en que las constantes físicas fundamentales tienen el valor justo para hacer posible la vida y en que pequeñas variaciones en sus valores darían lugar a Universos totalmente distintos en los que no serían posibles los sucesos biológicos. La coincidencia de que estemos justo en el Universo con los valores de las constantes necesarias para nuestra existencia la interpretan como un ajuste fino del Universo creado. Poco les falta para decir que un señor con barbas — el Relojero — estuvo ajustando la maquinaria del Cosmos para que saliesen de él sus amados hijos. ¡Antropocentristas!, todavía no han salido de la Edad Media. ¿Pero quién os dice que el valor de las constantes físicas puede ser cualquiera y que es regulable a antojo?²

El Ser, ese espíritu universal, es como es sin querer serlo. No le preocupan unos bichos perdidos en un planeta perdido, en una estrella periférica de una galaxia espiral barrada³ cualquiera de un lugar como otro del gran Cosmos. A decir verdad, no le importa nada. Como diría la juventud actual: pasa de todo, le importa un carajo si se va todo al ídem o no.

¿Qué son la vida y los esfuerzos de un hombre, ni de todos los hombres, en comparación de esa marcha eterna, inexorable, irresistible, medio fortuita, medio necesaria, de la Naturaleza? ¡No es más que el juego momentáneo, efímero, de un punto que rueda en el mar de lo eterno y lo infinito! (Büchner [médico y filósofo alemán s. XIX], *Fuerza y materia*).

La Naturaleza quiere, pero sin tener objeto de su querer. Busca, como nosotros, su bello deber ser. Nunca lo ha de encontrar pues no hay voluntad, todo es mecánica,

² En términos algo más técnicos, quiero poner en duda que la distribución de probabilidad de crear un Universo con unos determinados valores de las constantes físicas —la velocidad de la luz, c ; la constante gravitatoria, G ; la constante de Planck, h ; la carga del electrón, e — sea distinta de una delta de Dirac multidimensional $\delta^{(4)}(c-c_0, G-G_0, h-h_0, e-e_0)$, donde las constantes con subíndice 0 son los valores que toma en el Universo actual; o sea, que los valores con subíndice 0 sean los únicos posibles. De hecho, no sabemos nada sobre esa distribución de probabilidad en la creación de Universos posibles, así que de lo que no se puede hablar es mejor callar.

Esta misma crítica se puede aplicar al argumento de D. W. Sciama — físico de la segunda mitad del s. XX — que se pronuncia sobre la existencia de infinitos universos paralelos. Sciama asegura que todos los universos con todos los valores de las constantes físicas posibles existen, pero que vivimos en el actual por un efecto de selección al ser el único donde está permitida la vida. Aparte de que podemos agrupar todos los universos habidos en uno solo y llamarle Universo, cabe hacerle la misma crítica que al principio antrópico: ¿qué sabes tú de los valores que pueden tomar las constantes?

³ Ya que me he molestado en realizar una tesis de Astrofísica defendiendo la existencia de estructuras no axisimétricas en el centro de nuestra Galaxia, sirva al menos para decir con la soberbia de una “autoridad en la materia” que nuestra Galaxia es realmente una espiral barrada.

lo único que queda es la búsqueda de la Voluntad universal. La Naturaleza busca y busca; en ello consiste su existencia.

“Ser es estar insatisfecho. Tener deseos llevaría a la insatisfacción, cumplirlos llevaría a la muerte”, así decía un libro del psicólogo contemporáneo Rafael Manrique hablando de las relaciones sexuales y de temas afines. También decía que después de la satisfacción no hay deseo colmado, que nos percatamos de que no es eso lo que creíamos desear y ya no sabemos qué es lo que deseamos. ¿Y no le sucede lo mismo a la Naturaleza? Es una buena metáfora la comparación del querer sin objeto de la Naturaleza y de las pulsiones sexuales, o viceversa. De hecho, según Sade, el instinto sexual es el grito de la propia Naturaleza. Creo más bien que se trata de un caso particular que recoge las características de lo global. La Historia de la Naturaleza es un continuo probar formas, y repetir y repetir, siguiendo las cosas en movimiento, porque no alcanzan a satisfacer el *deseo* voluptuoso. Y se vuelve a las formas repetidas a lo largo de toda la existencia. El único modo de dejar esa búsqueda es no ser. Se parece por tanto a la historia sexual de un individuo, en la que los experimentos son las experiencias sexuales que se siguen una tras otra, ya sea con la misma pareja o con distintas, sin dejar de existir el deseo de algo más...

La Voluntad de la Naturaleza consiste en su eterna búsqueda del bello deber ser. Hay una ética para la Naturaleza, una ética para Dios si quisiéramos utilizar el lenguaje panteísta. El Ser, el Universo, la Naturaleza, Dios, el Absoluto, o como se le quiera llamar, tiene en su propio contenido una razón, un sentimiento y una voluntad: un ser, una belleza y un deber. Esto puede recordar a Leibniz cuando habla de que Dios está determinado a hacer el bien, de que incluso Él no puede elegir cualquier opción porque está obligado por la naturaleza de lo que es a actuar de una determinada manera. Así es: la Naturaleza está obligada por su naturaleza, por ser ella quien es, a albergar una serie de fenómenos en su existir.

¿Qué es lo bello para la Naturaleza? Nosotros, como limitados seres humanos que somos, no podemos comprender su percepción, pero sí podemos observar sus actos, y viendo en qué se recrea, tratar de inducir lo que ve como bello o bueno.

Observamos el mundo y ¿qué vemos? Indiferencia, indiferencia a todo propósito: sufrimiento o placer, brusquedad o ternura, creación o destrucción.

Donde podemos encontrar una más amplia variedad de ejemplos claros es en la biosfera terrestre, en el mundo de los seres vivos. Unas fieras se devoran a otras en una pura competencia por la supervivencia al mismo tiempo que se dan fenómenos de simbiosis entre animales o vegetales. ¿A qué juega la Naturaleza? A veces da placer a los individuos, como con el sexo, otras veces los mata de una enfermedad con sufrimientos extremos. En ocasiones crea especies que destruyen su entorno y al resto de las especies, como el ser humano, otras veces crea criaturas totalmente benignas

¿Qué quiere la naturaleza?

con el entorno y las demás especies, como muchas bacterias que intervienen en la putrefacción. ¿A qué juega la Naturaleza?

“El mundo es así” — reza una novela de Pío Baroja con tal título ante una vida de fuerza y crueldad, ingratitud e inconsciencia. Creo que una respuesta adecuada puede ser la que da el biólogo contemporáneo Richard Dawkins en su *El río fuera del Edén*:

Tal universo no sería ni malo ni bueno en intenciones. No manifestaría intenciones de ningún tipo. En un universo de fuerzas físicas ciegas y de replicación genética, algunos individuos serán cazados, otros serán afortunados, y no se encuentra ninguna armonía ni razón en ello, ni ninguna justicia. El universo que observamos tiene exactamente las propiedades que deberíamos esperar si no hubiese, en el fondo, ni diseño, ni propósito, ni mal ni bien, nada más que una indiferencia ciega y sin lástima. Tal como ese poeta infeliz, A. E. Housman, expusiera:

‘Para la Naturaleza, insensible, tonta Naturaleza que nunca se preocupará ni estará informada’.

El ADN ni se preocupa ni está informado. El ADN sólo es. Y nosotros danzamos a su música.

Parece ser, según Dawkins, que lo único que persigue la Naturaleza dentro del mundo de los seres vivos sobre la Tierra es maximizar la supervivencia del ADN, caiga quien caiga y suba quien suba. Se trata de un mecanismo ciego por el cual las combinaciones genéticas mejor adaptadas se imponen sobre las demás. Si ese experimento se come a los otros experimentos es un detalle que no importa.

También fuera del mundo de los seres vivos existen fenómenos semejantes. Se crea y se destruye. Acontecimientos violentos como la explosión de estrellas en fase de supernova o la canibalización de galaxias contrastan con el nacimiento de nuevas estrellas encunadas en regiones de hidrógeno ionizado o con la formación de sistemas planetarios que puede dar lugar, en casos extrañísimos, a algo tan maravilloso como la vida terrestre. Parece que a la Naturaleza le da lo mismo crear que destruir. Sólo obedece a un amo: las leyes físicas, el movimiento según deseos de la *fuerza*, la búsqueda de equipartición de la energía. Según el segundo principio de la termodinámica, la entropía tiende a crecer, el desorden tiende a crecer o se tiende a la fusión de todo con todo, un igualamiento de la energía contenida en todos los sistemas. Así, cuando todo sistema sea igualmente energético, cesarán las diferencias de potencial y la fuerza dejará de manifestarse al haber alcanzado el ansiado equilibrio que la satisfaga. En ese estado de muerte, el deseo se extinguirá, ya no habrá querer. Los deseos estarán cumplidos.

La supervivencia del ADN es sólo un caso particular de manifestación de la fuerza, que paradójicamente busca la vida para acercarse más a la muerte. Podría manifestarse la fuerza de muchas otras formas sin dar lugar a la vida, como ocurre en todos los demás planetas conocidos. ¿Por qué complicarse tanto para buscar el

equilibrio energético creando formas como la de los seres humanos? No hay que ver en ello más que un experimento fortuito sin otras intenciones que las de alcanzar el equilibrio.

Lo aparentemente paradójico del asunto está en que, a medida que avanzó la evolución, parece que se instauró con más vigor la vida. Se crearon formas más y más complejas. La entropía es decreciente en los seres vivos a expensas del medio.⁴ Dado que el Sol alimenta con su energía la Tierra y activa esos procesos vivos, se puede decir que la lenta muerte del Sol se está utilizando en parte para crear vida en la Tierra. En conjunto, entre el Sol y sus planetas, la entropía crece, la muerte se acerca; sin embargo, ¿a quién le importa un ligero aumento de entropía solar para poder emitir energía y sustentar la vida en la Tierra? Realmente, toda esa energía solar podría malgastarse en sucesivos calentamientos y enfriamientos, como ocurre en la Luna, sin que tenga lugar el despliegue de la complejidad de la vida. ¿Qué mejor empleada que aquí, en la Tierra?

La mecánica natural mira por los principios físicos, pero no se preocupa por los resultados. La mecánica de los sistemas se rige por el principio de mínima “acción”. No importa si salen hombres, churros o piedras, importa minimizar la acción. Las circunstancias, el azar, muchos factores han contribuido a que apareciese el hombre y el resto de los seres vivos como una forma más entre las posibles. Es una forma rarísima, extremadamente improbable, pero no imposible.

La naturaleza, algo mortecino, sin sonido, sin perfume, sin color; tan sólo el apresuramiento del material, interminablemente, sin sentido alguno (Whitehead, *La ciencia y el mundo moderno*).

Ésta es la única lírica contenida en la Naturaleza, en pugna consigo misma: la sorda codicia, la insensibilidad y la inercia que libran una lucha con la poesía — como dijera el poeta idealista Novalis. ¿Qué poesía nos queda en verdad aparte de la de los que están soñando? La que la verdad encierra en sus amplios espacios vacíos. ¿Qué poesía? La misma cruel vida, el dolor entre las bellas rosas. ¿Qué poesía? El camino infinito que la busca en una naturaleza que no puede albergarla. Lo mismo se puede aplicar a las ideas místicas de cualquier religión en torno a la lucha de lo existente, como por ejemplo, en la conciencia china, la lucha en el hombre entre el ying y el yang, entre la tendencia conservadora que se inclina a la fidelidad, al servicio desinteresado de la jerarquía, y la tendencia hacia el despertar que intenta penetrar, asir y comprender los demás órdenes. Es el tao de su vida, el tejer de los espíritus en el

⁴ Trabajos relativamente recientes, como los del químico y físico Prigogine, sobre la dinámica de sistemas en no-equilibrio, muestran que éstos evolucionan aceleradamente hacia la creación de orden a expensas del desorden en el medio exterior. Las fluctuaciones inestables, tales como los excesos de masa creando un campo gravitatorio, actúan como atractores de energía y entropía en una inestabilidad creciente. Un caso particular de evolución de estos sistemas podría ser la evolución de la vida en nuestro planeta.

¿Qué quiere la naturaleza?

universo. ¿Qué mística? ¿Qué trascendencia? Sólo la Naturaleza es. Tan sólo el apresuramiento del material, interminable, sin sentido alguno, con toda la mística o poesía que de ello se pueda extraer.

Somos un suceso rarísimo dentro del orden natural, a muchos σ del promedio de complejidad. El hecho de que exista vida sobre la Tierra es ya un suceso raro y la complejidad que conlleva ha ido creciendo y sirviendo de punto atractor de mayores complejidades, con lo cual se han derivado formas tan sofisticadas como la nuestra. La Naturaleza es aristocrática y también los seres humanos somos aristócratas en comparación con el resto de los objetos existentes. Sucesos muy poco probables como nuestra existencia son parte del juego de la lotería cósmica.

El *bien* en la ética natural consiste en la más absoluta indiferencia. La Naturaleza es buena y obra bien porque sigue rectamente sus propósitos, nunca cae en bajas pasiones. Su firmeza sin una idea sensiblera de bondad es su bien. Su belleza es el anhelo de una estética buscada sin prejuicios. Se respiran una pureza y santidad sublimes. Su sencillez se parece a la modestia de una dulce y tímida muchachita. Su templanza la hace sabia. Nada es bueno ni malo — ya decían los pirrónicos — sino que esas cosas se deciden según el arbitrio de los hombres; la Naturaleza está por encima de eso.

Como una piedra, como un diamante. Su estructura cristalina y de orden permanece insensible a las ralladuras mundanas. ¿La crueldad?, ¿la miseria?, ¿la muerte?, ¿qué importa eso a quien busca la belleza? ¡Virtuosa Naturaleza! ¡Qué estoicismo!

Regresemos a la biosfera, donde encontramos una amplia gama de ejemplos que nos son familiares. Fijémonos de nuevo en el ser humano; volvamos nuestra vista atrás: hacia las sociedades humanas y los individuos que la constituyen. ¡Miseria!, ¡dolor!, ¿por qué? No es nada personal, no tiene nada que ver con ningún pecado original que tengamos que pagar. La vida es un continuo querer sin motivo, un luchar de continuo para luego morir. Dado que todo querer implica sufrimiento, toda vida contiene dolor. Según Schopenhauer, vivimos en un infierno dividido en almas atormentadas y diablos atormentadores y, por tanto, la esencia de este mundo es el dolor. Así se manifiesta la Naturaleza. Una madre muere en un parto tras sufrimientos extremos, ¡bien hecho, Naturaleza! Una guerra o desastre natural mata a millones de personas inocentes; ¿inocentes?, ¿por qué inocentes?; han nacido, ése es su delito, y por tanto siguen el destino del mundo; ¡bien hecho, Naturaleza! Sin embargo, no comparto yo el punto de vista de Schopenhauer según el cual la Voluntad pretende el dolor y el mal en el mundo. ¡No!, eso es antropomorfizar el cosmos.

Simplemente, la Voluntad no tiene voluntad; no pretende nada. Puede que le haya salido un churro de experimento aquí en la Tierra, pero no era su intención. Pudieran existir mundos en los que los seres inteligentes sufriesen menos, en los que

la reproducción no fuese dolorosa y el carácter tranquilo de sus habitantes evitara confrontaciones. ¿Y el aburrimiento y hastío propios de seres inteligentes? Pudiera ser que unos hipotéticos seres conscientes e inteligentes como nosotros tuvieran incorporado en su propia constitución fisiológica el equivalente a drogas no nocivas que mantuviesen la visión color de rosa de su mundo en una mente siempre activa, sin posibilidad de caer en el vacío, tal como a nosotros nos ocurre. Después de todo, quizá no nos haya tocado el premio gordo del sorteo, y otros seres vivos pudieron tener mejor suerte.

...Cuando una persona está tan mal conformada (y acaso en la naturaleza esa persona es el hombre) que no puede amar sin sufrir y que tenga que sufrir para aprender verdades... (Proust, *El tiempo recobrado* [novela]).

Parece difícil separar el dolor del querer. El ser que quiere lo hace porque lo requiere, porque nota algo en falta. Sin embargo, también en eso la rueda de la fortuna cósmica podría crear seres pasivos sin apetencias, espectadores más que actores, que no sean conscientes de ninguno de los procesos fisiológicos que se desencadenan para su abastecimiento. Así, por ejemplo, en los humanos no hay conciencia del bombeo de sangre del corazón, y apenas se piensa en la respiración. Si cada vez que el corazón palpita o los pulmones inspiran sintiésemos la acción como un colmar el querer de lo requerido para nuestro cuerpo, entonces sentiríamos la tensión del querer en tanto que deseo, una fuente más de dolor. El control del corazón y la respiración se lleva a cabo en el cerebelo y no precisa de nuestra intervención activa consciente. Sin embargo, llenar nuestros estómagos de alimento sí requiere la intervención del cerebro consciente. Dado que los alimentos no pululan en el plasma circundante, algo debe impulsar al cuerpo a buscarlos y he ahí una de las madres del dolor humano, sobre todo cuando debe competir con otros organismos por el alimento. Tal es sólo el principio de nuestra tragedia, porque también están los apetitos sexuales, mucho más difíciles de saciar. En el seno de nuestra cultura, el asunto se agrava por la insistencia del sexo femenino en complicar la cuestión libidinosa ¡A saber qué ventaja evolutiva habrá sacado el ser humano con la creación de una mente tan contradictoria y retorcida en sus hembras!; quizá sea un mecanismo que favorece la doma de machos hacia una estabilidad que permita la larga crianza de los hijos. Todos estos dolores podrían evitarse con un sistema nervioso consciente solamente de lo externo e inconsciente — como en los vegetales — de todo proceso interno de abastecimiento de las necesidades orgánicas.

Ni que decir tiene que un diseñador medianamente inteligente hubiese realizado algo mejor que el ser humano salvo, claro, que no le importe, como es el caso, el destino de sus criaturas. Nuestro diseño está hecho a ciegas, sin propósito, o sea, es no teleológico; se nota por los resultados que somos fruto de un ciclo de ensayos, errores y remiendos y no una construcción planificada desde el principio.

¿Qué quiere la naturaleza?

Esas muelas del juicio que a casi todo el mundo dan algún sufrimiento y a casi nadie les sirven para nada, no son sino un residuo evolutivo procedente de la disminución del tamaño de la mandíbula humana respecto a la de sus ancestros. De buena gana cogía yo al diseñador ése, si existiese, y le decía cuatro cosillas sobre su trabajo: “ichapucero!” Pero no, no hay culpas ni culpable; no hay responsabilidad. Sale lo que sale, sin más. Los sermones que predicaban que nuestro mundo es el mejor de entre los posibles — típico de religiosos y también de algún filósofo como Leibniz — alegan que los males aparentes son debidos al corto entendimiento que poseemos, que no nos permite conocer los propósitos del Relojero. Él tiene siempre buenos propósitos — dicen —, y la existencia es buena. Esto ha servido de consuelo a muchos infelices, pero no encaja bien en la visión del mundo que uno puede contemplar. Mi pensamiento es menos simpático, pero pienso que más realista. Voltaire hace también una simpática crítica a la ingenuidad de esta ideología leibniziana en su *Cándido*. Fuera de mentiras piadosas, el mundo es lo que es y no lo que queremos que sea; el mundo siempre ha sido y seguirá siendo una porquería, como dice la letra de un tango. En este mundo de pillos, de ignorantes envidiosos, de personas que con gusto te pondrían el pie encima para que no crezcas, ¿podemos esperar una sincronización de las causas y efectos del mundo de modo que todo vaya encaminado al mejor de los mundos posibles? ¡Ay, Cándidos, Cándidos!

Se cree comúnmente que el proceso de evolución y selección natural produce con el tiempo diseños más complejos y más perfeccionados. Esto es así en general, pero no tiene por qué. La cuestión clave es la adaptación. No hay nada que nos haga suponer que los individuos sencillos y cargados de torpes mecanismos no posean un alto grado de adaptabilidad. La llamada *selección cultural* — presunta sustituta de la selección natural, aunque más bien cabe interpretarla como un caso particular de ésta, pues todo es naturaleza — favorece la supervivencia y la reproducción de individuos cuyos defectos mueven a la compasión. En contra de lo que cree el vulgo cuando se le cuentan cuentos chinos, no hay mayor compasión hacia los más necesitados, sino hacia los que mejor saben provocar lástima. Como ya comenté en otro capítulo, esto puede ser una fuente para el detrimento de una especie, una caída que ha de notarse a muy largo plazo. A la Naturaleza no le importa si nos extinguimos o no, si acabamos antes con el planeta Tierra o no. Es pura y santa, entregada a su digno deber; y no hay más deber que uno, no hay más bien que uno: la indiferencia total y absoluta. ¡Santa, santa, santa es la madre Naturaleza!

El Querer brota en los seres humanos como en cualquier otra parte del Universo. Al principio es un espermatozoide que busca el óvulo. Se forma el cigoto. El Querer produce la multiplicación de las células. Transcurrido un tiempo, la multiplicación de las células se hace especializada formando distintos tejidos. Dependiendo de la posición de cada célula con respecto al conjunto de las demás, aparecen diferentes potenciales electroquímicos que desencadenan que sea leída una

u otra parte del código genético contenido en el ADN, y de ahí que se distingan las distintas células de los distintos tejidos. Son las fuerzas, es el Querer. Nace el individuo, sale de la madre. Sigue queriendo, busca instintivamente el pecho de la madre, curiosear en sus alrededores, impresiona su cerebro con sensaciones que le llevan al aprendizaje.

El sistema nervioso es pura bioquímica, y ésta, a su vez, física, donde las fuerzas, en particular la electromagnética, se manifiestan. El crecimiento del niño está marcado por el paso continuo del querer instintivo al querer consciente. En la adolescencia, la aparición de la vida sexual, aparentemente oculta hasta entonces, se conjuga con el desarrollo de la razón. El resto de su existencia es también un querer. Los deseos deben ser satisfechos. El objeto consciente del sexo se torna cada vez más complejo y sin forma; no se sabe muy bien lo que se desea, y cuando se tiene lo que se creía haber deseado uno se da cuenta de que eso no le llena del todo y sigue buscando más y más. Tanto el hombre como la mujer quieren, quieren querer y ser queridos, buscan la satisfacción de la libido y del resto de sus anhelos. La Fuerza, la Voluntad, el Querer impulsa los pequeños quererres y hace creer que se quiere. Luego se quiere que los hijos tengan lo mejor y procurarles un buen destino. Se quiere trabajar y ganar el pan para la familia, amamantar y dar cuidados a las criaturas hasta que crezcan. Se esclaviza el ser humano a los nuevos seres, trabaja para el nuevo ser porque así lo quiere; porque el Querer quiere que sus elementos quieran.

En el caso del vulgo, ese querer se torna en representaciones falaces, autoengaños, sueños de individualismo imposibles. En los buscadores del bello deber ser, amantes de la verdad, todo individualismo es reconocido como falso. Se entiende el querer propio como una manifestación más del querer universal; no es sino armonía con la Naturaleza, integración, fusión con ella. La tensión de la búsqueda del bello deber ser en la Naturaleza se manifiesta en los humanos como en ningún otro evento conocido. La parte vulgar que todo ser humano lleva dentro trata de hundirse en su propio fango, mientras que la búsqueda infinita — la concienciación y comprensión racional de nuestra existencia — intenta dar el salto a las alturas.

El arte, señalaba Stéphane Lupasco, agudiza los deseos y pone en tensión los dinamismos a que nos impulsa la Naturaleza. El propio dolor inherente a todo querer es asimilado por el arte a través de una contradictoria búsqueda y huida de lo trágico. La síntesis de este proceso eleva la conciencia hacia altas cimas, donde el héroe creador fracasa pero permanece eternamente erguido en su lucha por sustraerse, abstraerse, arrancar a los poderosos procesos del Querer su supremacía. Es todo un fluir del cosmos integrado sin que dé lugar a autonomías del querer. Si es necesario, se lucha contra otros seres humanos por conseguir el pan para los nuestros; de ahí esa matanza y pugna luchadora inherente a la vida. Todo se resume, como dijera Engels en su

¿Qué quiere la naturaleza?

Dialéctica de la naturaleza, en que los hombres sufren deseos vagos e indeterminados porque son víctimas de la energía en movimiento de la materia cósmica.

* * *

Martín LÓPEZ CORREDOIRA
Instituto de Astrofísica de Canarias
C/.Vía Láctea, s/n
38205 La Laguna (Tenerife), España
martinlc@iac.es